

DIVAGACIONES VERANIEGAS

Escribimos estas líneas en medio del campo — aunque de un campo en gran parte civilizado por una colonia de veraneantes ciudadanos, — oyendo el susurro del viento en los pinares de la sierra de Guadarrama, pero de cuando en cuando también el paso de los automóviles por la cercana carretera. No hace un momento que un moscardón zumbaba en el cuarto en que estamos escribiendo, y nos recordó a aquel mosquito de que hablaba el yanki Thoreau, uno de los más altos maestros de individualismo y de personalidad. (¿Por que no se habrá dado a conocer aún a Thoreau en España?)

Hace dos días visitamos la que fué Cartuja del Paular; subimos a la laguna de los Pájaros, al pie de la cumbre de Peñalara, y de allí bajamos a la Granja. A la Granja, que guarda recuenlos de nuestra historia política y de los más sugestivos. Al bajar a ella, entre los pinares, nos detuvimos a ver la obra de una larva de hormiga-león. Allí estaba, en el fondo del embudo que hace en la sierra, y de ella y donde enterrarla, dejando sólo fuera sus dos pinzas bucales espera a que caiga la presa, una hormiga acaso que rueda por las laderas del embudo, a la que le chupa el jugo. Y pensábamos que si eso que se llama historia natural no es propiamente historia, es por lo menos una excelente introducción a ella. Y seguimos bajando hacia la Granja pensando en la larva de la hormiga-león y en las hormigas y en sus hormigueros.

Con frecuencia se nos vienen aquí a las mientes los cuartetos del estupendo soneto de Tassara, los que dicen:

«Cumbres del Guadarrama y de Fuen-
[fría,

columnas de la tierra castellana,
que por los hielos y las nieves cana
la frente alzáis con altivez sombría;
campos desnudos como el alma mía,
que ni la flor ni el árbol engalana,
ceñidos al nacer de la mañana,
ceñidos al morir del breve día.»

Y he aquí que nos llegan a diario del cercano Madrid — cercano por la distancia material — los diarios. Y con ellos ecos y rumores de otro mundo, de la historia política del día, actual, que a ratos más parece historia natural que no humana o civil. ¿Porque hay por ahí cada embudo de cada larva de hormiga-león, aunque de leones nada tengan los de las trampas!

¡Lo que es leer en medio de un pinar, tendido sobre la hierba, mientras pasan por el cielo las nubes, el relato de una crisis ministerial! A ratos interrumpe uno la lectura para espantar a una mosca o para ver cómo una hormiga arrastra una pequeña semilla o para examinar una chicharra que desviándose se nos vino encima. Y vamos a verle el ala sonora. Porque la chicharra canta con las alas, como los ángeles. (Es decir, suponemos que los ángeles, como las chicharras, cantan con las alas.) Y los ministros ni cantan ni vuelan. Y menos mal si las alas les sirven de abanico. Porque los ministros, como los zánganos de las abejas, suelen tener alas y revolotean.

¿Acontecimientos? No, eso que se llama acontecimientos hay que dejarlo para después del veraneo, para la entrada del otoño lo más pronto, para la vendimia. Ahora hay que dejar que los hombres públicos — moscardones, abejorros, chicharras, larvas de hormiga-león, zánganos, hormiguitas, saltamontes... — se remojen o cacen codornices. Y vayan haciendo olvido.

Hay quien cree que ahora se está formando la tormenta. Acaso hace ya más de tres años que vamos arrastrados por un torbellino, y hemos concluido por ha-

bituarlos a él. Pues es sabido que cuando uno va en un globo empujado por un viento de vendaval no siente el viento, ya que no le ofrece resistencia, y así ahora que la violencia se ha hecho habitual y legal. Y con la violencia de los que mandan la abyección de los que obedecen.

¡Había que verle allá, en las alturas, al pie de la cresta peñascosa de Peñalara, desnuda como cuello de buitre, al pastor calzado con despojos de automóvil, con caucho de un neumático destrozado en la carretera! ¡Y cómo se reía al oír los camelos de los señoritos, de los hijos de la ciudad! El mastín le miraba a la risa y las cabras y las ovejas, arrodillándose sobre las patas delanteras, se abrevaban en la Laguna de los Pájaros. Allá abajo, en el valle, entre la fronda, asomaban los tejados de lo que fué cartuja del Paular. ¿Hormiguero? ¿Colmena? ¿Avispero?

Queremos buscar en la robusta neutralidad de la sierra, en su olímpica indiferencia frente a las luchas civiles de los hombres, un remanso en que se asienten y posen nuestros agitados sentimientos, en que se clarifiquen nuestras indignaciones. Pero notamos que al asentarse fermentan. Y se nos hinche el desdén. ¿Qué cosa más grotesca y más miserable es una crisis ministerial! ¡Y acordarse, por ejemplo, de que aun existe el Dato ése, encontrándose uno en la cumbre de Peñalara!

El sol desnudo nos ha bruñido y enrojecido la desnuda frente. Y es como si fuese el rubor de una vergüenza. ¡Bajo las canas de más de medio siglo — ¡y qué siglo éste! — la frente se nos ha encendido como una amapola. ¡Y al llegar la noche, como silbo triste de una lechuza, se nos mete en el alma el triste presentimiento de que no veremos acaso el alba del día de la justicia vengadora!

Miguel de UNAMUNO.

